



JOSÉ M. ROA BÁRCENA.



JOSÉ MARIA ROA BÁRCENA

ROA BÁRCENA—dice Sosa en la biografía que de él escribe—es en la sociedad mexicana tan cumplido caballero, como distinguido poeta y escritor.

En tan cortos renglones no puede hacerse más grande elogio de un contemporáneo; y lo más notable es que no hay exageración, porque Roa Bárcena merece bien ese elogio.

Apartado ahora de la política y dedicado á los negocios comerciales, ha ocupado parte de su tiempo, como Groto, en escribir la historia, no de las revueltas nacionalidades de la Grecia, y sí de tiempos y de nación no ménos revuelta, como es la nuestra.

Roa Bárcena no se contentó con ser poeta; publicó bellísimas composiciones, obtuvo merecidos elogios, y sin embargo, parece que esto no le satisfizo.

Tampoco llenaba sus aspiraciones el periodismo; luchó por la causa de la Reaccion, fué uno de los paladines de las ideas conservadoras en la prensa; pero ha tenido el orgullo de haberse retirado del combate sin haber escrito nunca en tales diarios ninguna de esas diatribas, ninguno de esos artículos en que el insulto y la calumnia son el hilo y la trama de que se vale el periodista, y que por desgracia están en moda entre nosotros.

No me ocuparé de las ideas políticas que Roa Bárcena defendía; ya he dicho que para mí, en estos artículos las cuestiones políticas no tienen significacion alguna; pero no puedo dejar de insistir sobre el giro caballeroso que Roa Bárcena dió siempre á todos sus escritos políticos en los momentos en que la lucha era más terrible.

El periodismo, entre los hombres honrados, entre los políticos de buena fé, entre las gentes que buscan el triunfo de una idea, es un sacerdocio, un apostolado, y no un medio de especulacion: esto no quiere decir que yo crea reprochable que un escritor gane honradamente su vida como periodista; de ninguna manera; escribir para el público, es siempre un trabajo que necesita retribucion, y retribucion espléndida, porque supone, además de notables aptitudes, largos y pasados años de estudio, laboriosidad y meditacion profunda en el presente, y valor, resolucion y serenidad para afrontar el peligro que siempre trae, el ataque al poderoso, cuando abusa de su fuerza, y el grito de alarma á la sociedad, cuando el crimen oculto

entre la sombra, conspira contra la justicia; el odio de algun partido contrario y el disgusto de los propios correligionarios, cuando á ellos mismos se les dice una de esas verdades que ningun bando político quiere escuchar.

El periodista que escribe por adular al poder, buscando la proteccion y el favoritismo, el lucro y la ganancia, lo mismo que el que halaga las pasiones de la muchedumbre y los vicios del pueblo, yendo en pos de lo que muchos llaman popularidad, extravian el camino del honor por el que debe marchar siempre un escritor leal y patriota.

Tampoco esto quiere decir que el periodista no pueda cegarse muchas veces por el espíritu de partido; que arrastrado por el entusiasmo, cruce el vallado por donde nunca debiera atravesar: eso es malo; mas yo no lo considero realmente como un delito, sino como una desgracia, y desgracia á la que están expuestos todos los hombres.

Pero el « mercenarismo » de la pluma, el comercio de la conciencia del escritor, el vil contrato por el que un hombre que tiene mayor ó menor facilidad para escribir, se compromete por un puñado de dinero á atacar las ideas que ayer defendió; á insultar y á calumniar á hombres á quienes no conoce ó conoce quizá por beneficios que de ellos ha recibido; á espiar el hogar doméstico para llevar el escándalo á una sociedad y la desolacion á una familia; el empeño retribuido de manchar por medio de la imprenta lo que está limpio, aun cuando esa mancha tenga que pasar, dejando su huella indeleble, sobre el nom-

bre de la patria, eso sí lo considero criminal; eso sí lo creo punible, por más que nuestra Constitución y nuestras leyes lo autoricen, y por más que nuestros gobiernos y nuestros hombres públicos hayan interpretado siempre que la honra y la reputación de un hombre y de una familia deben estar en México sin garantía de ninguna especie, á la disposición del primero que, por una enemistad personal, por una retribución ó por un rencor inmotivado, quiera lanzar al público un artículo en que llame á aquel hombre ladrón, plagiarlo, traidor, ébrio ó jugador.

Desgraciadamente no están lejos los ejemplos de tales abusos en la imprenta, ni han pasado tampoco los días en que de esa manera se ejerce el ministerio del periodismo. Por eso cuando estudiamos los escritos de Roa Bárcena, nos detenemos con satisfacción delante del publicista á quien bastaron las leyes de la caballería, para no excederse un punto en las luchas periodísticas, sin ocurrir nunca al inacotado campo de lo que se llama la libertad de imprenta.

El estilo de Roa Bárcena, no sólo como periodista sino en lo general como escritor, es fluido, sencillo, y sobre todo, es el estilo que corresponde á la lengua española y á la raza latina.

Víctor Hugo algunas veces ha escrito en un estilo que muchos han procurado imitar; por ejemplo, en *El derecho y la ley* dice:

« La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada indisoluble, nada de irrevocable, nada de irremparable; tal es el derecho.

El cadalso, la espada y el cetro, la guerra, todas las variedades del yugo, desde el matrimonio sin divorcio en la familia, hasta el estado de sitio en la ciudad; tal es la ley.

El derecho: ir, venir, comprar, vender, cambiar.

La ley: la aduana, el portazgo, la frontera.

El derecho: la instrucción gratuita y obligatoria sin presiones sobre la conciencia del hombre, embrionaria en el niño; es decir, la instrucción laica.

La ley: los ignorantes.

El derecho: la creencia libre.

La ley: la religión del Estado.

El sufragio universal, el jurado universal, ese es el derecho; el sufragio restringido, el jurado escogido, esa es la ley.

La cosa juzgada, esa es la ley; la justicia, este es el derecho.

Medid el intervalo.»

Este estilo que se ha llamado bíblico, hizo gracia á muchos escritores, no sólo en México sino en España, y sin reflexionar ni pararse en pelillos, se soltaron escribiendo en renglones cortos y con cortados pensamientos, todo lo que á las mentes les venía, recordando que Víctor Hugo dice en el «Noventa y tres:»

«Nos acercamos á la gran cima.
Hé allí la Convencion.
La mirada se petrifica en presencia de aquella altura.
Jamás apareció en el horizonte de los hombres nada más elevado.

Hay un Himalaya como hay una Convencion.
La Convencion es el punto más culminante de la Historia.»

Pulularon Víctor Hugos por todas partes, desde Selgas en España hasta Juan Mateos en México; y los artículos de costumbres y de literatura y de política, se escribieron así.

¡Aquello era terrible! Y no se podía tomar un periódico sin encontrar luego un escrito que al primer golpe de vista parecía fluctuar, por sus apariencias, entre la oda y la lista de la lavandera.

«Daban las doce de la noche.

La policía dormía.

El sueño es el invierno de la policía.

Velaba el ladrón.

El transeunte cruzaba descuidado.

Se oyó un grito.

Acudió un policía.

Era tarde.

Una capa había desaparecido.

El devorante había puesto la garra sobre lo indevorable.

La propiedad se había evaporado delante de la fuerza.
El huracán arrebató á las nubes.

Los ladrones son el huracán de las capas.

Las capas son viables en los hombros ó en los *empeños*.

Había una capa menos.

Muchos grados de frío más.

El abrigo es la burla de la temperatura.

Una pelliza se carcajea del termómetro.

Un termómetro se avergüenza delante de una chimenea.

El policía ayudaba al termómetro.

El transeunte fué el campo del combate.

El hombre de la ley y el hombre de la desgracia se contemplaron.

Un robo es una afirmación.

Lo positivo estaba frente á frente de lo mitológico.

La policía es un mito.

Lo pasado y lo inverosímil se daban una cita en la oscuridad.

El policía era el número 13. El 13 es un número fatal.

El robado se llamaba Don Gregorio Chamorro. El nombre de Gregorio es fatídico.

La suerte tiene sus risas satánicas como los ángeles caídos del infierno cristiano.

Un policía que llega fuera de tiempo es como una carcajada de Satanás.

El paradero del ladrón quedó ignorado.»

Este sería un buen párrafo de gacetilla, en el estilo aquel famoso; y no he querido copiar un trozo original, por consideraciones á los descarriados que por ese atajo se arrojaron.

Sin embargo, no resisto á poner algo de Selgas, tomado de sus «Hojas sueltas.»

«Las mujeres tienen diferentes habilidades.

Unas hacen flores.

Otras hacen dulces.

Algunas hacen lo que deben (*sin duda será no leer esto*).

Muchas lo que quieren.

Todas hacen señas.

Y ¡oh dolor! hay también mujeres que hacen versos.

¿Qué tal? ¡Admirable! ¡y que en nuestra sesuda madre, la vieja España, se haya tolerado esto!

Dice Selgas:

«El corazón, puede decirse que es el cerebro de los sentidos. (*Y el estómago el cerebro de la humanidad.*)

La cabeza nos dice: piensa; el corazón nos dice: siente. (*Hartzenbusch nos dice: el descubrimiento no me parece tan plausible como el de las Indias.*)

La inteligencia discurre. (*Notición.*)

El corazón adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza.

La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazón. (*¡Qué lástima!*)

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazón hermoso. (*Eso va en gustos, y la ciencia no es de ese mismo.*)

La inteligencia propone: el corazón manda: (*ó como dicen en México: el hombre pone, Dios dispone, y un tonto descompone.*)

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento. (*Este hombre ni ha oído siquiera el griego, ni ha leído á Santo Tomás.*)

La lógica del corazón dispone de argumentos irresistibles. (*¡Cáscaras!*)

Nada es más fácil que tener veinticinco años. (*Esta sí es buena noticia. ¿Cómo se hace? todos somos marchantes.*)

A poco de nacer los tiene cualquiera.» (*A poco, á los veinticinco años; no vayan á creer los lectores que á los cuatro ó cinco días. ¡Como dice Selgas que es tan fácil!*)

Lamennais tomó el estilo de Isaías; Víctor Hugo imitó á Lamennais; Selgas quiso imitar á Víctor Hugo, pero no salió bien: con razón no hubo quien le persiguiera en Francia por contrafección.

A Víctor Hugo se le alaba y se le admira escribiendo así, porque el genio, como el rey Midas, convierte en oro todo cuanto toca; porque las ideas, vigorosas y nuevas, brotan del cerebro de ese hombre, bellas en su desorden

é incapaces de someterse á las severas reglas que rigen en la marcha de las inteligencias comunes, como no es posible el orden en una concurrencia numerosa que sale espantada y en revuelta confusion por las puertas de un teatro huyendo de un incendio.

Víctor Hugo, llegando al mundo con las proporciones de gigante, y encontrando sólo trajes cortados y hechos para hombres de talla comun, necesitó vestir sin sujetarse ni á la moda ni á las costumbres de sus contemporáneos. Pero la verdad es que ese estilo, ese modo de escribir, ni es de nuestra raza, ni es de nuestra lengua; se le llama bíblico, porque en la Biblia es donde generalmente ha sido leído; pero verdaderamente debe llamarse semítico, porque es el estilo conforme con el espíritu y el idioma de los pueblos semíticos, y el usado en sus libros religiosos y sus poesías.

« El arte de la oratoria—dice Renan en su « Historia de las lenguas semíticas »—en el sentido clásico, fué siempre desconocido á los Semitas: sus gramáticos ignoran aun el arte de subordinar los miembros de la frase, y denuncian en su raza una evidente inferioridad en las facultades del razonamiento, aunque un gusto muy vivo de las realidades y una gran delicadeza de sensacion. La perspectiva falta completamente en el estilo semítico; en vano se buscarian esos relieves, esos grabados, esas medias tintas que dan á las lenguas Aryannas como una segunda potencia de expresion. Llanas, sin inversiones, las

lenguas semíticas no conocen otro procedimiento más que la « juxtaposicion » de ideas á la manera de las pinturas bizantinas ó de los bajo-relieves de Nínive: es preciso confesar que la *idea de estilo*, tal como nosotros la entendemos, falta completamente á los Semitas; sus períodos son muy cortos, y la extension del discurso que abraza no pasa de una ó dos líneas.»

« Únicamente preocupados con el pensamiento actual los escritores Semitas, ni preparan de antemano el mecanismo de la frase, ni cuidan de la que pasó ni de la que debe venir: de allí, extrañas inadvertencias ó incapacidad para seguir hasta el fin con el mismo giro, y la costumbre de no volver sobre sus pasos para corregir lo que está escrito. Se diría que es una conversacion descuidada, tomada inmediatamente para fijarla en la escritura.»

« En la estructura de la frase, como en toda su constitucion intelectual, hay entre los Semitas menor complicacion que entre los Aryannos; les falta un grado de combinacion que nosotros juzgamos necesario para la expresion completa del pensamiento; *unir las palabras en una proposicion es su último esfuerzo; y no piensan jamas en hacer la misma operacion respecto de las proposiciones entre sí*: este es, para usar de la frase de Aristóteles, *el estilo infinito*, procediendo por acumulacion de átomos, en oposicion con la rotundidad perfecta del período griego ó latino; todo lo que puede llamarse número oratorio les es desconocido, y la elocuencia no es para ellos más que una

viva sucesion de giros violentos y de imágenes atrevidas. En Retórica, como en Arquitectura, el arabesco es su procedimiento favorito.»

«La importancia del versículo, en el estilo de los Semitas, es la mejor prueba de la falta absoluta de construcción interior que caracteriza su frase. El versículo nada tiene de comun con el período griego y el latino, porque no ofrece una sucesion de miembros, dependientes los unos de los otros; es un corte casi arbitrario en una serie de proposiciones separadas por comas; ninguna regla fija determina su longitud; el versículo corresponde al descanso que necesita la respiracion; el sentido nada exige; el autor se detiene, no por el sentimiento natural del discurso, sino por la simple necesidad de detenerse. Que se intente dividir en versículos una oracion de Demóstenes ó de Ciceron, y se comprenderá cómo el versículo corresponde á la esencia de las lenguas semíticas.»

He tomado esta larga cita del ilustre Renan, porque nada mejor ni más á propósito pudiera yo haber dicho de ese estilo con que tanto nos fatigaron, y que se convirtió en una especie de moda, sólo por imitar á Víctor Hugo.

Afortunadamente va echándose ya en olvido, y vuelven nuestros escritores á buscar la gracia y la flexibilidad del estilo de las lenguas modernas.

Roa Bárcena, de quien como de costumbre, me habia yo apartado, tiene entre sus trabajos como escritor pú-

blico, algunos históricos que son dignos de aprecio; porque campea en ellos la más grande imparcialidad, hasta el grado de que en la mayor parte no puede traslucirse el color político de las opiniones del autor.

Escribir la Historia ha presentado siempre grandes dificultades; prescindiendo del inmenso trabajo de investigación y de crítica de los datos que le sirven de base, la imparcialidad para formar el juicio y emitir opinion sobre los acontecimientos, es un escollo contra el que se han estrellado muchas veces los escritores más ilustrados y de más buena fe.

Sin preocupacion de ninguna especie, sin antecedentes de ninguna clase, nos ha pasado á todos, lectores y escritores, experimentar una simpatía ó una antipatía inexplicables por algun pueblo ó por algun hombre de los de la Historia; y así vemos á muchos que son partidarios de los romanos contra los cartagineses, otros que tienen verdadera admiracion por Aníbal, y muchos que sienten el mal éxito de Catilina y aborrecen á Ciceron como si fueran de los conjurados de Roma.

Cuando se escribe la Historia, todo esto impide ver con claridad y juzgar con acierto, sobre todo en la Historia contemporánea.

Buscando la imparcialidad, en China, cuentan el padre Mailla en el prólogo de su traduccion de los *Grandes anales de la China*, y Parení en sus *Cartas edificantes*, que más de veinte siglos ántes de Jesucristo, desde el tiempo de

Hoang-ti, había un tribunal que se llamaba *de la Historia*, formado de dos clases de escritores con el nombre de *los de la derecha* y *los de la izquierda*; unos recogían y consignaban los hechos, y otros los discursos, subdividiéndose en unos que se ocupaban de los negocios y de los acontecimientos de dentro del palacio, y otros de los de fuera; cada uno escribía secretamente y se guardaban con religioso cuidado todos esos fastos, á los que no se daba publicidad hasta pasados muchos años; generalmente hasta el cambio de una dinastía.

Así parece que los trabajos históricos más antiguos son los chinos, y se conserva memoria de los libros de San-fen, que se dicen perdidos enteramente; de Outilien, de los que se conserva algun fragmento y que hacen remontar la Historia propiamente dicha, más de treinta siglos ántes de la Era Cristiana.

Después de los grandes descubrimientos de Champollion, cuando las escrituras geroglífica y cuneiforme han comenzado á comprenderse, y cuando de cincuenta años á esta parte, el espeso velo que cubría al Oriente ha empezado á descorrerse, dejando penetrar la luz en los misterios de ese inmenso territorio que se extiende entre el Nilo y el Indo, las ciencias históricas han tomado un impulso maravilloso; y asombran los descubrimientos que los eruditos han hecho, de acontecimientos ignorados hasta hoy en esos pueblos que se consideran como la cuna de la humanidad y de la civilización: las fábulas van des-

apareciendo á la luz de la ciencia, como las sombras de la noche á la llegada del sol; «y el Egipto, reconquistado por la Historia, toma un lugar entre los pueblos conocidos.»

Hace pocos años, medio siglo, sólo Grecia y Roma preocupaban con su historia á los hombres de ciencia: el mundo antiguo no se veía sino en Grecia ó en Italia; y vagamente se hacía mención de algo que indicara la grande importancia de los estudios verdaderamente orientales. El *sanscrito* era un idioma del que apenas hacían mención algunos misioneros que, modelos de amor á la ciencia, no sólo buscando adeptos para la religión que predicaban, sino luz para la humanidad, se entregaban á esos estudios.

En Grecia el primer historiador á quien tal nombre se concedió por los clásicos, fué Herodoto; ántes de él se mencionan á Cadmo de Mileto, Hecateo, Endemo y á otros, de los cuales sólo se conservan algunos fragmentos, pero que no formaban un cuerpo histórico en sus escritos, como hizo Herodoto, á quien por esto llamaron todos «el padre de la Historia.»

A Herodoto siguieron Tucídides y Xenophonte: Tucídides, ilustre como general y como filósofo, y que cobró afición á las letras, oyendo á Herodoto leer en unos juegos, una parte de su Historia: Xenophonte, famoso, tanto por haber mandado la terrible expedición que se llamó «La retirada de los diez mil,» cuanto por haber

escrito la historia de esa retirada, la de Cyro el Grande, y muchos otros tratados históricos, filosóficos y militares.

A mí, quizá por preocupacion, me encantan estos tres viejos: leyendo á Herodoto parece que se oye á un amigo de confianza que, recostado en un sillón, y con un magnífico puro habano, delante de una taza de café, nos refiere con la mayor sencillez todo lo que vió y aprendió en sus viajes.

Xenophonte, como un padre de familia, aprovecha y aun amolda á su gusto los acontecimientos históricos que refiere para envolver en ellos la vigorosa sávia de la moral que debe nutrir á la sociedad.

Tucidides, es el austero narrador sentado en una cátedra, dando un curso de historia, no á jóvenes estudiantes, sino á hombres de Estado.

Ántes de esta trinidad griega no hubo verdaderamente historiadores; ó si los hubo, sus obras se han perdido. Los relatos que de siglos anteriores á ellos se llaman historias, son verdaderamente teológicos, mitológicos, cosmogónicos, poéticos ó heróicos. La creacion del universo y del mundo, el nacimiento y los hechos de los dioses, las vidas de los semidioses que habitaban sobre la tierra en comunicacion directa y continua con la Divinidad, este es el fondo de todas esas obras anteriores á los historiadores griegos, lo mismo en la raza aryanna que en la semítica.

Los romanos tardaron más en despertar, como histo-

riadores, que los griegos: los anales de los Pontífices no merecen el nombre de historia, segun opina Ciceron: Quinto Fabio, Lucio Cincio, y Scipion el hijo del Africano, escribieron las primeras historias en griego segun dicen algunos autores, y verdaderamente los historiadores en Roma no pueden comenzar á enumerarse sino con Julio César, Cornelio Nepote y Salustio.

Tito Livio fué el primero que escribió una historia general, y Tácito vino á poner el sello de su grandeza en el monumento de las letras latinas.

La historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble: no es ya la relacion más ó ménos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores; es el exámen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído á la humanidad y á los pueblos al estado de civilizacion y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.

Entre nosotros Roa Bárcena ha comprendido perfectamente el espíritu y la tendencia de la Historia moderna: notable es su obra intitulada: « Recuerdos de la Invasion Norte-americana en México, » y el último capítulo de ese libro merece de parte de los mexicanos una profunda atencion y una meditacion muy detenida.

Dos cualidades hacen notable á Roa Bárcena como escritor: la prudencia y la modestia. La prudencia, esa virtud que los antiguos describian diciendo que es la que pone medio entre los extremos, el *modus in rebus* de que habló Horacio, es una virtud realmente escasa entre nosotros, que por naturaleza somos arrebatados y extremosos en nuestras determinaciones, y muchas veces ligeros en nuestros juicios. Quizá por el valor, ó casi por la temeridad con que las gentes de nuestra raza afrontan cualquier peligro ó acometen cualquiera empresa en la que va de por medio la vida; quizá por la franqueza ó tal vez prodigalidad con que aquí gasta la gente su dinero; quizá también por lo poco que todos cuidamos del porvenir, sin zozobras por el tiempo de la desgracia, entre los mexicanos eso que llaman prudencia, se encuentra con dificultad.

Por eso son tan apreciables aquellos que en los negocios públicos ó privados manifiestan esa cualidad.

Manuel Dublan por ejemplo, que es un hombre reflexivo y prudente, ha de ser siempre buscado y considerado por todos los que gobiernan: en los negocios particulares y en su profesion de abogado, quizá no llegará á aconsejar á un cliente una operacion atrevida y peligrosa, en la que duplique repentinamente su capital; pero sí es seguro que en negocio público ó privado que á él se le consulte, examinará todas las dificultades, descubrirá todos los peligros, pesará cuidadosamente las probabili-

dades del éxito, y dará una opinion que se pueda seguir con tranquilidad.

Roa Bárcena tiene esta prudencia, y es seguro que como escritor público, pocas veces habrá tenido que arrepentirse de haber dado á luz un artículo ó un libro que pueda producirle una situacion comprometida por su contradiccion con las ideas que profesa, ó con las que otra vez ha manifestado.

La modestia no es tan escasa como la prudencia entre nosotros, aunque hay que distinguir la modestia de la timidez, que hay muchos que son tímidos sin que por esto pueda llamárseles modestos.

Algo se viciaron en materia de modestia nuestros poetas, sobre todo los de la generacion de Roa Bárcena, por la presencia de Zorrilla en nuestra capital, y por el entusiasmo que causaba á nuestros poetas de entónces las lecturas del vate español: aquel «yo» tan constante en Zorrilla, aquel proclamarse tan desembozadamente el cantor de Dios y de la religion católica, aquel llamarse siempre y muchas veces, sin venir al caso, «vate, bardo, trovador, poeta,» tenia que viciar á los inexpertos que escuchaban como un oráculo á Zorrilla cuando decia:

Dios me dió un corazon franco y sincero
Lleno de juventud y poesía,
De fe raudal, de inspiracion venero,
Con un acento varonil y entero
Para cantar su gloria y la fe mía.

Cristiano y español, con fe y sin miedo,
Canto mi religion, mi patria canto.

Genios que del Pisuerga en la ribera,
Al rumor soñoliento de las olas
A oír llegásteis mi canción primera,
Tejed para mi negra cabellera
Fresca diadema de tempranas violas.

Y os dejé cuando débil y atrevido
El premio á disputar entré en la lucha;
Oyeme, dije al mundo, y el oído
Prestando el mundo, mi canción escucha.

Yo soy el trovador que vaga errante;
Si acaso vuestros son estos linderos,
No me dejéis pasar, mandad que cante.

Yo tengo en el arpa
Que guía mi canto,
El lánguido encanto
Del ruido del mar;
Las íntimas notas
Que arrancan el llanto,
Las que hacen á un tiempo
Gemir y llorar.

Por doquiera que voy va Dios conmigo.

Esto, exaltando la humana propensión de alabar lo propio y hacer gala de las personales cualidades, dió por resultado que amenguando la modestia, las alabanzas propias, ó cuando ménos el empeño de hablar de sí mis-

mo, enturbiaron composiciones dignas de mejor giro y volvieron poco simpáticos para el público, á poetas dotados de brillantes cualidades: pero hay artículos y poesías en que verdaderamente se descubre un principio de megalomanía que hace dudar al lector si aquello debe tomarlo en serio ó como una broma, ó si el autor estaba sano ó enfermo del cerebro.

Realmente hay producciones de esas en que involuntariamente viene á nuestra memoria aquel mal soneto de Don Belianis de Grecia á Don Quijote de la Mancha, que el inmortal Cervantes pone despues de su prólogo:

Rompí, corté, abollé y dije y hice;
Más que en el orbe, caballero andante,
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, dos mil deshice.

Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fuí enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier parte satisface.

Tuve á mis piés postrada la fortuna;
Y traje del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.

Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

Roa Bárcena, como dicho llevo, no padece tal enfermedad; si por desgracia tiene sus rasgos de soberbia, que no lo creo, allá se los guarda solo y nunca pretende que el público le haga coro cuando canta sus propias alabanzas;

y esto es lo bastante, sin que pretendamos juzgar el misterio de sus pensamientos secretos, para poder decir que sus buenas cualidades como literato, se realzan y se extreman cubiertas con el manto de la modestia.

Roa Bárcena, como Juan Arias, no estudió en colegio alguno; lo que sabe lo debe á sus propios esfuerzos y á su inteligencia: ha colaborado en los periódicos de más nota del partido conservador, como «El Universal,» «La Unidad Católica» y «El Cronista;» ha sido redactor en jefe de «La Sociedad,» y ha publicado varios tratados que sirven de texto en muchas escuelas, como el de «Geografía Universal» y el de «Historia de México,» biografías, novelas, leyendas, y sobre todo, trabajos históricos de que ya he hecho mencion.

Está aún en buena edad; puede hacer mucho todavía, y ojalá que no le embargue todo su tiempo el *auri sacra fames*.

